

María Unceta Satrústegui

Tesalónica. La desesperanzada espera de los refugiados

19 de septiembre de 2016.

(Página Abierta, 246, septiembre-octubre de 2016).

Quince días como voluntaria en Tesalónica, ciudad del norte de Grecia, no dan para hacerse una idea cabal de la terrible realidad que viven los que huyen de países incendiados por la guerra, asolados por la violencia sectaria o en los que se persigue a las mujeres o se practica el exterminio étnico.

En este corto espacio de tiempo, apenas es posible asomarse a la desolación externa de los campos de refugiados: los suelos pedregosos donde se levantan las tiendas de color tierra, mimetizadas con el suelo, que proporciona ACNUR; el aspecto militar de unos recintos vallados donde los refugiados, mujeres en su mayoría, hombres y muchos niños conviven a una distancia de dos metros entre tienda y tienda, menos intimidad imposible; la comida prefabricada que les reparten tres veces al día –son bastantes los que nos dicen que les resulta incomedible: de hecho, vemos cajas de plástico con legumbres tiradas junto a los contenedores de basura–, ya que no les está permitido cocinar por razones de seguridad; las precarias instalaciones higiénicas colectivas: cubetas alargadas con grifos, lo más parecido a un abrevadero, para lavar sus ropas y utensilios; las duchas y letrinas para uso común alineadas en distintos sectores del campo...



Los campos que he conocido carecen de agua corriente, salvo en las instalaciones colectivas, y mediante placas solares consiguen tener cada día, durante unas pocas horas, energía para encender una bombilla.

La desolación externa se ve, la interna es más difícil de captar: se adivina por las caras, mediante algunas conversaciones en precario –normalmente a través de un intérprete–, se respira en el ambiente. Miradas extraviadas, indiferentes, dolientes, desconfiadas. Se sienten prisioneros en una cárcel sin barrotes, de la que pueden salir y entrar libremente si tuvieran medios para hacerlo y algún lugar a dónde ir. Aunque el campo de Diavata, a menos de media hora en coche de Tesalónica, puede llegar a alojar a 1700 personas, la mayoría de sus habitantes no se dejan ver.

Una gran parte del día a día de los refugiados aspirantes al asilo en algún país de la UE transcurre dentro de las tiendas, algunas personas vagan por el campo, otras permanecen sentadas, viendo pasar las horas, bajo el pequeño toldo que cubre la entrada de aquellas. Su presente consiste en esperar. Esperar de tiempo, no de esperanza: con cada palabra y en cada gesto nos expresan su desesperación.

La media de estancia de las personas con las que hemos hablado ha superado ya los seis meses, el mínimo para que algún funcionario, delegado de algún país europeo, inicie la revisión de su solicitud de asilo. Un asilo que se tramita a la carta. Los países de acogida analizan las solicitudes según criterios de conveniencia del país receptor: país de procedencia, motivo de la solicitud, características familiares, edad, formación previa, posibilidades de inserción laboral después de pasar un largo periodo de adaptación, aprendizaje del idioma incluido, etc., no de las necesidades vitales o situaciones de emergencia de los solicitantes.

Los criterios humanitarios quedan así relegados frente a criterios de oportunidad arbitrarios e imposibles de valorar por parte del solicitante de asilo. Tras los seis primeros meses de espera, al menos y eso con suerte, tendrán que pasar otros seis meses para que reciban una respuesta, probablemente negativa.

Su futuro, tan incierto, está pendiente de unos papeles que no llegan y su raquítico presente se alimenta de los rumores que corren por el campo donde el móvil es prácticamente el único medio de contacto con el exterior. Así, la última gran noticia es que a la familia de Abbud le han concedido el asilo en Alemania; se corre también vía radio macuto –entre otras cosas porque su tienda ha amanecido vacía– que Tayyeb y los suyos se han ido anoche, mediante un contacto (mafias que pululan en torno a los campos y que cobran importantes cantidades de dinero) que, dicen, les va a pasar a la vecina Macedonia...

En los campos en los que hemos trabajado, situados en el entorno de Tesalónica, se hacían una mayoría de personas de origen sirio, los únicos que, de manera oficial, tienen derecho a aspirar al asilo en un tercer país, más allá de Grecia donde se encuentran “de paso”. Pero hay también un buen número de afganos y algunos iraquíes e iraníes a los que la UE no reconoce el derecho a ser solicitantes de asilo ya que, oficialmente, sus países no se encuentran en guerra, por más que huyan de atentados sectarios, persecución por motivos religiosos y étnicos o por motivos de género, como es el caso de las mujeres violadas o amenazadas de violación, de mutilación genital o entregadas obligatoriamente a un matrimonio indeseado e indeseable.

Entre ellos se encuentran, en las peores condiciones, a menudo víctimas de la hostilidad de una parte del resto de los refugiados, los kurdos de origen sirio, iraquí o turco, minoría no reconocida y especialmente perseguida en sus países de procedencia.

Pero aún hay situaciones peores, las de los refugiados que vagan por las ciudades y duermen hacinados y al raso en parques y canchas de deporte, con lo puesto y, con suerte, una colchoneta. La mayoría de estos son afganos, llegados a Grecia después del siniestro acuerdo firmado entre la UE y Turquía a finales de marzo. Ante la amenaza de una segura deportación a Turquía, no quieren estar en los campos, huyen de las razias que realiza la policía y solo esperan a que las mafias les recojan para llevarlos hasta la frontera de Macedonia o de Bulgaria donde nadie sabe qué será de ellos.

Los niños y niñas son los únicos habitantes de los campos realmente visibles, presentes y activos. Van de un lado para otro, participan en las pocas horas de clase que les proporcionan algunas ONG, saltan a la comba, se pelean, juegan con un balón o se sientan, con un interés asombroso y desigual capacidad de concentración, ante unos tableros de ajedrez de hule que se ha agenciado Antigone, una ONG griega que lleva a cabo actividades con la infancia en este campo de Diavata, bajo la supervisión y la ayuda de voluntarias que hacen de animadoras del juego.

La comunicación con ellos se hace en un inglés primitivo, el que han aprendido en sus ratos de clase, y fundamentalmente por gestos, miradas, abrazos, exclamaciones y sonrisas. Las niñas y niños han aprendido a saludar a los voluntarios –la mayoría mujeres jóvenes de distintos países, bastantes de ellos griegos– en inglés, recitan con orgullo los números hasta 10 y se dirigen a nosotras llamándonos “madam”, un apelativo que de puro ceremonioso nos enternece.

Según las últimas disposiciones que hemos conocido, el Gobierno griego ha habilitado la *posibilidad* de escolarizar a los niños y niñas que tienen regularizada ante la policía su tarjeta de solicitud de asilo. Pero son las familias refugiadas las que tienen que localizar el centro escolar más próximo, inscribirse en él y buscarse la vida para llevar a sus hijos e hijas al colegio. Algo que se me antoja directamente imposible dada la ubicación de los campos, alejados de la ciudad y sin medios de transporte, y la propia situación de los refugiados que no conocen el idioma griego ni los trámites que deben hacer... Por no hablar de la falta de dotación presupuestaria para incrementar el número de profesores, para atender al desconocimiento del idioma por parte de los posibles escolares, etc., etc. Así que se les reconoce el derecho a la educación, pero no existen los medios para que puedan ejercer este derecho.

Aunque, por supuesto, el porvenir de estos niños no tiene horizonte en el que proyectarse, su presente nos parece menos duro que el de sus mayores. Como cualquier otro de su edad, viven, una vez en los campos, con las necesidades básicas mal que bien cubiertas, bajo el manto protector de sus familias y sin preocupaciones. A ellos está dirigida, además, la actividad principal que se permite a las ONG que tienen presencia en los campos.

A diferencia de ellos, los adolescentes y jóvenes representan un auténtico drama: sus necesidades de desarrollo personal, de diversión y relaciones afectivas y sexuales, su dependencia de las redes sociales, como las de cualquier chico o chica de su edad, chocan con su vida real, constreñida al perímetro del campo y sin posibilidad alguna de realización de sus deseos.

* * *

En las últimas semanas ha llovido en Tesalónica, algunos días torrencialmente. Las tiendas instaladas por ACNUR en los campos, testadas en regiones secas, se han anegado: techos y suelos empapados y, con ellos, las colchonetas, las ropas y los pocos enseres que alojan dentro.

¿Cabe imaginarse el otoño/invierno con frío y lluvia que espera a los refugiados?
¿Qué más calamidades hay que añadir a la espera sin esperanza, a los papeles que nunca llegan, al abandono de los Gobiernos de la Unión Europea, al rechazo y la indiferencia instalados en buena parte de la población del mundo rico o, en el mejor de los casos, a la solidaridad que difícilmente encuentra cauces para llegar hasta las miles de personas víctimas de este éxodo impuesto?